

una vez volverá siempre á ella, y en ella encontrará siempre una mano oculta para arrebatarla. La meditacion, penetrando en ella, descubrirá tesoros de profundidad, una economía social nueva que cambiará las relaciones de los hombres entre sí, ennoblecerá el trabajo y la fatiga, abolirá la esclavitud y hará de la pobreza una profesion tan útil como santa. Tal es el Evangelio, es decir Jesucristo, de un extremo á otro, y no puede definirse mejor esa inteligencia soberana sino diciendo, que habia recibido de Dios el don de la sublimidad continua.

Generalmente los grandes talentos apuran toda su fuerza en sus pensamientos, y no pueden dar á su corazon sino un impulso debilitado y secundario. Esto se observa notablemente en los fundadores de imperios y de doctrinas, hombres frios, soberbios, dueños de sí mismos, que miran á la humanidad muy inferior á ellos, agítandola en sus secretos designios, como agita el viento un campo de trigo que está maduro y aguarda la mano del segador. La concepcion de sus planes los absorbe; el buen éxito los corrompe, justificando su orgullo; el revés los agría, y todo les impele al desprecio del género humano, que no es para ellos mas que un pedestal en pié ó por tierra. Y aun cuando no descendan tanto en la degradacion del corazon, no les es permitido levantar su facultad de amar tan alto como su facultad de concebir. El ojo de la paloma no tiene naturalmente la vista del águila. Hasta en los escritores se observan estas diferencias. Racine perdonadme estas comparaciones. Racine es tierno; Corneille lo es mucho menos, porque su ingenio se acerca mas á lo sublime. Siéntese en él algo de heróico y duro, como aquellos romanos de quienes dice él mismo:

Gracias al cielo doy, no soy romano.
Y así puedo tener algo de humano.

Jesucristo es, pues, bajo este respecto, una excepcion por siempre memorable, y sin esperanza de reproducirse como no sea remotamente, en los que le toman por maestro de sus almas. La potestad de amar fué llevada por él hasta la ternura, y á una ternura tan nueva que ha sido preciso crearla un nombre, y que forma un género especial en el análisis de los afectos humanos: hablo de la uncion evangélica. Jesucristo fué tierno con todos los hombres; él es quien dijo de ellos estas palabras: « *Cuanto hiciéreis al mas pequenuelo*

de mis hermanos, á mí lo hicisteis » (1); palabras que han dado al mundo la fraternidad cristiana, y que aún producen diariamente el amor. Fué tierno con los pecadores; sentábase á su mesa, y cuando el orgullo doctrinal le reconvenia por ello, contestaba: « *No he venido por los que están sanos, sino por los enfermos* » (2).

Si ve á un publicano que se ha subido á un árbol para verle, le dice: « *Zaqueo, descende presto, porque es necesario que me hospede hoy en tu casa* » (3). Si una mujer pecadora se le acerca y se aventura hasta á verter perfumes sobre su cabeza, con gran escándalo de una reunion numerosa, la consuela con esta alocucion inmortal: « *Muchos pecados se la han perdonado, porque ha amado mucho* » (4). Si le presentan una mujer adúltera, para obtener de él una sentencia que le comprometa por su misma dulzura, responde: « *Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero* » (5). Fué tierno con su ingrata y parricida patria, y al ver de lejos sus murallas, lloraba diciendo: « *Jerusalen, Jerusalen, que matas los profetas y apedreas á aquellos que á tí son enviados, ¡cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y tú no quisiste!* » (6). Fué tierno con sus amigos, hasta lavar sus piés, y permitir á un jovencillo que reposara sobre su pecho en uno de los momentos mas solemnes de su vida. Hasta en el suplicio fué tierno con sus verdugos, pues alzando por ellos su alma hácia su Padre, decia: « *Señor, perdónalos, porque no saben lo que hacen* » (7). Ninguna vida de este mundo presenta un tejido semejante de luz y de amor. Cada palabra de Jesucristo es un acento de ternura y una revelacion sublime: en el momento mismo en que nos abre lo infinito con su mirada, nos estrecha con ambos brazos sobre su seno. Cree uno volar de allí con el pensamiento, y es retenido por la caridad.

Y, cosa que no debemos olvidar de decir, la ternura de Jesucristo, aunque sin límites, es de una virtud sin mancha. Dificil es á los que han recibido un alma propia para las cosas del amor, contener este don precioso en castos límites: esto es objeto de un gran combate, en que el hombre se siente á veces tentado á lamentar el don que ha recibido ó desear mas libertad en su uso. Jesucristo no conoce esta pena; lleva su amor en un vaso tan puro, que ni aun la som-

(1) San Mateo, cap. 25, vers. 40. — (2) San Mateo, cap. 3, vers. 12. — (3) San Lucas, cap. 19, vers. 5. — (4) San Lucas, cap. 7, vers. 47. — (5) San Juan, cap. 8, vers. 7. — (6) San Mateo, cap. 23, vers. 37. — (7) San Lucas, cap. 23, vers. 34.

bra de la duda se acerca á su corazón, y diez y ocho siglos de una posteridad que ha buscado sus faltas, no han osado decir una palabra que indique sospecha contra su virtud. El carácter de su ternura es ser inefablemente casta.

Falta una cosa, señores, para acabar la apreciación del carácter de Jesucristo, y sacar deducciones luego de su carácter á favor de su sinceridad. No bastan una inteligencia sublime, un corazón tierno, para constituir una voluntad capaz de grandes resoluciones. La voluntad es un mundo aparte, en que á despecho de nuestras ideas y sentimientos, tiene la debilidad por lo común el timón. Bajo este aspecto, el carácter de Jesucristo es la certidumbre absoluta de sí mismo. Nadie más que él se había propuesto un designio difícil; quería ser reconocido como Dios, amado como Dios, servido como Dios, adorado como Dios: parece que la voluntad debiera doblegarse alguna vez bajo de tan pesada carga, y que á lo menos Jesucristo debía recurrir á todos los medios humanos capaces de asegurar el buen éxito de tan gigantesca ambición. Pero no es así, señores: Jesucristo despreció todos los medios humanos, ó más bien se abstuvo de emplearlos.

Entre estos medios figura en primer término la política. La política es el arte de comprender, en un momento dado, la tendencia de los entendimientos; de reunir opiniones é intereses que aspiran á satisfacerse; de presentir lo que quiere un pueblo, aunque algunas veces no lo sepa él mismo con exactitud; de presentarse, con el auxilio de la circunstancias, como su representante natural, y de impelerle un día por una pendiente que nos llevará con él durante cincuenta años.

Tal es la política; arte ilustre de que puede usarse para bien y para mal, y que es el origen de las vicisitudes felices y desgraciadas en las naciones. Jesucristo se hallaba en la posición más admirable para hacerse instrumento de una revolución que hubiera servido á sus designios religiosos. El pueblo de que había salido, había perdido, bajo el yugo de los romanos, los restos de su antigua nacionalidad; el odio de Roma había llegado en él á su colmo, y los desiertos y las montañas de la Judea veían á cada paso formarse bandas libertadoras al mando de algún patriota adornado de fama ó de valentía. Estos movimientos eran secundados por profecías celebres, que habían anunciado muy de antemano al pueblo judío un jefe y un salvador. La relación de estas ideas y de estos intereses con el nuevo reino, cuya próxima llegada anunciaba Jesucristo, era manifiesta. Sin embargo, lejos de tener connivencia con ellos, y de servirse de

ellos, los desprecia. Pregúntanle, para sondearle, si debe pagarse el tributo al César, y hace que le traigan una moneda, y examinando su imagen é inscripción, responde friamente: « *Dad pues al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios* » (1). Va más allá; anuncia la ruina temporal de su nación; habla contra el templo, objeto de la veneración religiosa y patriótica de los judíos, y predice abiertamente que no quedará en él piedra sobre piedra; y esto fué causa de que se contase este agravio entre las preguntas que se le hicieron ante la soberana magistratura.

Su doctrina, muy favorable al pueblo y á los pequeños, era propia para granjearle gran popularidad, lo que es un medio admirable para las revoluciones. Obtuvo en efecto ascendiente sobre el pueblo hasta el punto de querer elegirle rey de Israel; pero huye para evitar este honor, y rompe en sus manos un arma que el vulgo de los grandes hombres hubiera reputado un don y una aprobación del Cielo.

Después de la política sigue la fuerza, que es como su apéndice; pero que puede considerarse como fuera de las causas que ordinariamente la comunican. Jesucristo nada desea tanto como alejar á sus discípulos de creer en ella y de servirse de la misma. Los envía, dice, como corderos, y les anuncia todo género de aflicciones, sin darles otros auxilios que la paciencia, la mansedumbre y la humildad. Si olvidando estos sus lecciones quieren que descienda fuego del cielo sobre una ciudad que no les ha recibido, les reprende porque no saben todavía « *de qué espíritu son* » (2). En el momento de ser preso, cuando pudiera defenderse, y saca un apóstol la espada para ello, Jesucristo le dice: « *Vuelve tu espada á la vaina, porque todo el que sacare la espada, perecerá por la espada* » (3). Mientras otras doctrinas piden á la victoria una sanción, ignorando, insensatas! que la victoria es movable y la conciencia inmutable, Jesucristo elige por su estandarte la cruz, y protesta contra los triunfos de la fuerza por el triunfo de su suplicio.

Descuida igualmente la ciencia y la filosofía, esos medios más nobles y más eficaces para producir la convicción. Rodéase de pescadores en vez de rodearse de sabios, y evitando hasta la apariencia de una organización científica y filosófica de su doctrina, la comunica por medio de parábolas y sentencias sueltas, y deja á sus discípulos y á su Iglesia el futuro cuidado de unir á ella raciocinios y de coordinar todas sus partes.

(1) San Mateo, cap. 22, vers. 21. — (2) San Lucas, cap. 9, vers. 55. — (3) San Juan, cap. 18, vers. 11.

En fin, hasta la habilidad mas vulgar parece que le es desconocida : hace de su muerte, del tiempo en que su divinidad habrá recibido de ella tan terrible golpe, y del en que ya no estará presente para sostener á los suyos, forma, repito, un lazo á la fe de sus discipulos, prometiéndoles resucitar, y remitiendo la confirmacion de toda su vida á esa prueba, que no puede concluir en el caso de no ser Dios, sino por una innoble superchería ó una ruidosa retractacion.

No conozco, señores, otros medios humanos de fundar alguna cosa en la tierra, que los que acabo de mencionar : la política, la fuerza, la ciencia, la filosofía, la habilidad. Jesucristo se abstuvo de todos sin excepcion, y sin embargo no le faltó por una sola hora, ni por un solo instante, la confianza en sí mismo, la seguridad absoluta de sí mismo. El mismo hecho de abstenerse de los medios humanos prueba hasta lo sumo su resolucion incontrastable y la omnipotente energía de su voluntad. Sin embargo, nada se hace sin medios ni instrumentos. ¿Cuál era, pues, el medio ó el instrumento de Jesucristo? Ah! señores, cuál era? ¿No lo veis? Era él mismo, su fuerza íntima, la conversacion que tenia dentro de sí, la posesion segura de su esencia. Los hombres tiemblan porque se ven; Jesucristo no temblaba porque se veia tambien. Sabía que su palabra enteramente sencilla *era el camino, la verdad y la vida* (1), y la sembraba á todo viviente, como el labrador siembra el trigo. Tampoco el labrador necesita de la política, de la fuerza, de la ciencia, de la filosofía, de la habilidad; tiene el trigo, la tierra y el suelo, abre la mano y arroja la vida. Y mientras que la política humana sigue su camino, que la fuerza bate á la fuerza, que la ciencia gasta la ciencia, que la filosofía de hoy entierra á la filosofía de ayer, y que el hombre diestro es cogido en sus propias redes, el trigo que ha caido de la mano de Dios en la mano del hombre, y de la mano del hombre en el seno de la tierra, el trigo brota, crece, reverdece, madura; se le recolecta, se le come, y la humanidad vive! Así hacia Jesucristo; así obra todo el que cree firmemente haber recibido de Dios la verdad; vive de ella primero, la siembra luego, y el mundo *que es el campo* (2), el mundo vive de ella á su vez.

Reasumamos, señores. He aquí el carácter de Jesucristo, tal como nos lo ha revelado el Evangelio : bajo el aspecto de la inteligencia, sublimidad continua; bajo el del corazon, ternura casta é inefable; bajo el aspecto de la voluntad, certidumbre absoluta de sí mismo.

(1) San Juan, cap. 14, vers. 6. — (2) San Mateo, cap. 13, vers. 38.

Pues bien, este carácter es incompatible con el vicio innoble que ni aun me atrevo á nombrar, tan lejos está ya de vuestro pensamiento. Jesucristo era sincero, porque era un espíritu sublime; era sincero, porque su corazon se abrió á los hombres como un santuario de ternura y castidad; era sincero, porque tenia la certidumbre absoluta de sí mismo, porque tenia fe en su palabra, porque creia en sí. Jesucristo, como el Evangelio, que no es diferente de él, Jesucristo era la misma sinceridad; y el encanto más fuerte que sentimos al mirarle y al oírle, nace de la íntima lucidez de su fisonomía, que le deja pasar afuera todo entero y tal cual es.

Está bien, me direis; Jesucristo era sincero; otros muchos lo han sido; ¿y qué tenemos con eso? Un momento, señores; no habeis reflexionado bien cómo lo fué Jesucristo. Jesucristo al ser sincero creia lo que decia; ahora bien, decia que era Dios, lo dijo á sus discipulos y amigos, lo dijo al pueblo, lo dijo á la magistratura suprema de su país, fué condenado y murió por afirmarlo, luego creia que era Dios. Pero no podia creerlo, si no lo era, porque á no estar demente, es imposible engañarse acerca de un hecho de conciencia tal como el de su propia personalidad; Jesucristo no estaba loco y era sincero; luego era Dios. Aquí, por una excepcion que nace de la naturaleza misma del asunto, la cuestion de sinceridad se confunde con la cuestion de realidad. Y no es este un descubrimiento mio, una vana investigacion de mi ingenio. Ha ya mucho tiempo, señores, que el Evangelio, al demostrar á la mente de los que atentamente lo leen la sinceridad de su héroe, persuade su divinidad sin mas argumento. Mientras la Iglesia católica, hija y esposa de Jesucristo, demuestra la divinidad de su fundador por la divinidad de su propio carácter, el Evangelio, obrando de otra manera, prueba á los hijos de la Iglesia la divinidad del que la fundó! Y esta impresion es comun á edades bien diferentes, á las tres edades del hombre; tan natural es y tan fundada en la verdad.

A los doce años, en la flor de nuestra vida, se nos leyó el Evangelio, se nos habló de Jesucristo; su palabra nos pareció muy sencilla, muy dulce, muy amable; creimos en ella con la sencillez, la dulzura y la amabilidad de nuestra propia alma. Pero con sobrada frecuencia esta primera impresion se disminuye y se borra; la razon crece con sus derechos reales, las preocupaciones exteriores penetran en nosotros, las pasiones de adentro se inflaman con el sol de nuestros años, y Jesucristo cae poco á poco del altar donde le habian colocado nuestras primeras adoraciones. Este tiempo dura su

tiempo. Pasan los años sobre nuestra servidumbre, hasta el día en que la razón, ya más personal y vigorosa, nos hace avergonzarnos de nuestra fe en lecciones sin autoridad, y nuestras mismas pasiones, ilustradas por su dominación, nos impelen por cansancio á insintos de regla, de deber y de mayor respeto á nosotros. Esta es una hora bendita entre todas, hora en que entramos en el orden por la misma libertad, por esa libertad divina de la juventud que la Providencia nos ha preparado, y que ninguna ley puede arrebatarnos. Si entonces cae el Evangelio en nuestras manos, y lo leemos por segunda vez, no es raro que Jesucristo nos conmueva de nuevo, y con un imperio que ya no le disputaremos, porque nosotros mismos se lo habremos dado en una edad en que nada abogará ya contra él sino son pasiones juzgadas é ignorancias vencidas. Esta segunda lectura del Evangelio, señores, es la que estamos haciendo juntos.

Hay otra tercera, menos feliz que las dos primeras, porque es más tardía, pero que trae á Jesucristo el tributo del hombre en su madurez, y ha producido confesiones dignas de eterna memoria. Mientras el siglo XVIII ultrajaba á su placer al Hijo de Dios, se halló en el seno mismo del colegio que le combatía, un hombre tan descreído como los otros, tan célebre y más que todos ellos, excepto uno solo, y que les aventajaba por el privilegio de tener arranques sinceros. Dios lo quería así, para que su nombre no quedara sin testimonio entre los mismos que trabajaban en destruir su reino. Este hombre, pues, en el colmo de su gloria, iniciado por el estudio en los siglos pasados, y por su vida en el siglo de que era un ornamento, tuvo que hablar de Jesucristo en una profesión de fe, donde quería reasumir cuantas dudas y certidumbres habían dejado en su espíritu sus meditaciones acerca de las cosas religiosas. Después de haber tratado de Dios de una manera digna, aunque confusa, llegó al Evangelio y á Jesucristo. Aquí, aquella alma que fluctuaba entre el error y la verdad, perdió súbitamente su vacilación, y con una mano firme como la de un mártir, olvidándose de su siglo y de sí mismo, escribió el filósofo la página de un teólogo, página que debía ser el contrapeso de la blasfemia *aplanad al infame*, y que termina con estas palabras, que todas las bóvedas de la cristiandad repetirán hasta el último advenimiento de Jesucristo: « Si la vida y muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y muerte de Jesucristo son las de un Dios. »

Podía creerse que la fuerza de esta confesión no sería sobrepasada, ya se considerase el genio del hombre que la había escrito, la

autoridad de su incredulidad, la gloria de su nombre, y las circunstancias del siglo que había sido condenado á sufrirla. Pero no era así. Otro nombre, otra elocuencia, otra gloria, otra incredulidad, otro siglo, otra confesión se han encontrado, y mayores todas juntas, si es que no lo son cada una de por sí, que las que el hombre, la elocuencia, la gloria, la incredulidad, el siglo y la confesión que acabais de escuchar. Abrióse nuestra edad con un hombre que aventajó á todos sus contemporáneos, y á quien nosotros, que hemos venido después, no hemos podido igualar. Conquistador, legislador, fundador de imperio, tuvo un nombre y un pensamiento que están aún presentes en todas partes. Después de haber realizado la obra de Dios sin saberlo, desapareció, acabada la obra, y se traspuso como un astro eclipsado en las profundas aguas del Océano atlántico. Allí, sobre una roca, complaciase en representar ante sí mismo su propia vida, y remontándose desde sí á otros con quienes tenía derecho para compararse, no pudo menos de entrever en el teatro ilustre de que formaba parte, una figura mayor que la suya. Miróla con frecuencia; la desgracia abre el alma á conocimientos que la prosperidad no discierne. La figura se aparecía siempre; fué pues preciso juzgarla. En una de las noches de aquel largo destierro, que expiaba las faltas de lo pasado é iluminaba el camino de lo futuro, el conquistador destronado preguntó á uno de los pocos compañeros de su cautividad si podría decirle lo que era Jesucristo. El soldado se excusó, diciendo que había tenido mucho que hacer desde que estaba en el mundo para ocuparse en semejante cuestión. ¡Cómo! replicó dolorosamente el interlocutor, ¿has sido bautizado en la Iglesia católica y no puedes decirme á mí, sobre esta roca que nos devora, lo que era Jesucristo? Pues bien, yo voy á decírtelo. Y entonces, abriendo el Evangelio, no con la mano sino con un corazón que estaba lleno de él, se puso á comparar á Jesucristo consigo mismo y con todos los hombres más grandes de la historia; marcó las diferencias características que separan á Jesucristo de toda la humanidad, y después de un torrente de elocuencia, que ningún padre de la Iglesia hubiera desaprobado, terminó con esta expresión: *En fin, yo conozco bien á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.*

Esta frase, señores, resume cuanto he querido decir de la vida íntima de Jesucristo, y la impresión que experimenta tarde ó temprano todo hombre que lee el Evangelio con la equidad de la atención. Vosotros, que sois jóvenes todavía, vivireis; vereis á los eru-

ditos, á los sabios, á los príncipes y sus ministros; asistireis á las edificaciones y á las ruinas: hijos del tiempo, el tiempo os iniciará en los secretos del hombre; y cuando los sepais, cuando tengais la medida de lo que es humano, tal vez algun dia, al bajar de esas alturas en que esperábais, direis tambien: « Yo conozco bien á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre. »

Algun dia tambien grabará la Francia estas palabras en el sepulcro de su gran Capitan, donde brillarán con mas inmortal esplendor que el sol de las Pirámides y de Austerlitz!

SERMON TRIGÉSIMO OCTAVO.

Del poder público de Jesucristo.

Jesucristo nos dió su palabra de que era Dios, y probó la sinceridad de su palabra por su carácter; luego era Dios. ¿Pero es esto toda la prueba de su divinidad? Sin duda que la palabra, es decir, la afirmacion de sí mismo, es la manifestacion primera de los seres dotados de inteligencia: no hay duda que el carácter, la expresion de sí mismo por la fisonomía moral, es la segunda y natural manifestacion de los mismos seres; ¿pero es esto todo? ¿No hay nada mas? Y aun cuando esta demostracion bastase para las relaciones vulgares que tienen los hombres entre sí, ¿seria suficiente cuando se trata de las relaciones de Dios con los hombres? No, evidentemente no. Porque al fin es necesaria cierta penetracion para juzgar de un carácter, es necesario tambien tiempo: no se descubre enteramente en un dia una fisonomía moral, y cuando Dios aparece, señores, cuando hace tanto como venir, es claro que del primer golpe debe haber en su aparicion algo que excluya la duda, que excluya el debate, que excluya el tiempo, que excluya hasta la ciencia; algo que sea reconocido por todos y al instante; algo, en fin, que sea el poder público de Dios y que revele infaliblemente su presencia y accion. Así como existe para la soberanía terrestre una expresion cierta de su magestad, debe haber para Dios un modo eminente é igual á él, por el cual, al venir á mostrarse, toda inteligencia, como no sea insensatamente rebelde, se incline y diga: Es él. ¿Cuál es el modo de manifestacion á que he llamado el poder público de Dios? ¿En qué consiste? ¿Jesucristo le ha poseido? ¿Cuáles son las objeciones á que da lugar, y qué respuesta las destruye? Este es, señores, el vasto campo que vamos hoy á recorrer.

Ningun ser puede manifestarse sino por los elementos que en sí contiene y que constituyen su naturaleza. Ahora bien, todo ser, cualquiera que sea, encierra solo tres elementos, la sustancia, la fuerza y la ley: la sustancia, que es el fondo del ser; la fuerza, que es su actividad; la ley, que es la medida de su accion. Si echamos